

Los libros

Vogt, en brazos del cual había fallecido Bakunin, sobre la identidad del difunto. Vogt no sabía qué decir. Por fin, intentó explicar al guardia que Bakunin había sido un revolucionario, un anarquista. Pero el guardia se alzó de hombros:

—Eso de revolucionario no quiere decir nada. ¿Tenía algún oficio? ¿Era rentista?

Vogt se acordó de que los admiradores de Bakunin le habían regalado—o intentado regalar—una villa y se lo dijo al guardia, quien apuntó en su carnet:

—Miguel Bakunin, rentista.

Así desapareció el apóstol de la destrucción universal, de quien Hélène Iswolsky ha escrito una biografía minuciosa y exacta.—*Manuel Rojas.*

POESIA

POETISAS DE AMÉRICA. LA POESÍA FEMENINA EN AMÉRICA, por *María Monvel.*

He aquí un libro (1) que puede sugerir innumerables reflexiones y que levanta preguntas de mucho peso. La propia recolectora de la antología, poetisa distinguida, se interroga:

¿Por qué hay en América tantas poetisas? Sería interesante que alguien quisiera puntualizar algunas observaciones sobre la cuestión.

(1) Editorial Nascimento. Santiago, 1930.

Desde luego, ella renuncia a responderse, y en el brevísimo espacio de su estudio preliminar (abarca sólo cuatro páginas) no es posible agotar una cuestión tan considerable. Sin embargo, insinúa una idea que debe servir para llevarnos más adentro en el problema. En efecto, dice que Delmira Agustini y la Condesa de Noailles «han sido, sin duda, los dos grandes modelos» de la poesía de las mujeres americanas. Los caracteres distintivos de estos dos influjos se definen así:

Sensualidad de todos los sentidos, correspondiente a madame de Noailles, y sensualidad exclusivamente erótica correspondiente a la Agustini.

Ya tenemos, pues, un rasgo común: las mujeres americanas cantan sensaciones, y dentro de ellas prefieren las amorosas. Lo prueba, para todo el que no conozca de antemano la poesía femenina de América, esta antología, que es un muestrario de dieciocho de las principales poetisas americanas. Si los términos no corrieran el riesgo de ser interpretados equivocadamente, yo diría que es esta la primera antología de la indecencia que se hace en tierras de América. Es curioso, todas o casi todas las señoras y señoritas que se han dedicado a la poesía en este continente son mujeres muy de su hogar, que generalmente han constituido una familia y desenvuelven una vida discreta junto a su marido y a sus hijos, las que los tienen, y junto a su madre y demás familiares, las solteras. Sin embargo, en sus versos parecen bacantes ebrias, que no hubiesen tenido otra preocupación que

la carne y que viviesen en perpetua adoración de los misterios del sexo, si es que para ellas, de acuerdo con su poesía, el sexo pudiera ofrecer todavía algún misterio. ¿Exageración? Creo que no, y como mi objeto es persuadir al lector de que es verdad lo que digo, voy a ir citando al azar algunos versos de los que nos ofrece esta misma antología.

Mi cuerpo es un cinta de delicia;
glisa y ondula como una caricia....

En llamas me despedazo
por enredarme en tu abrazo....
(*Agustini.*)

Ah, no resisto más, me tienes toda,
tú, que nunca serás del todo mío.
(*Storni.*)

Flui
para ti.
Bébeme. El cristal
envidia lo claro de mi manantial.

Te amo y soy joven; huelo a primavera.
Este olor que sientes es de carne firme,
de mejillas claras y de sangre nueva.
¡Te quiero y soy joven, por eso es que tengo
las mismas fragancias de la primavera!

Espera, no te duermas. Esta noche
somos acaso la raíz suprema
de donde debe germinar mañana
el tronco bello de una raza nueva.

¡Ay, quisiera llevarte conmigo
a dormir una noche en el campo,
y en tus brazos pasar hasta el día
bajo el techo alocado de un árbol!

¡Tómame ahora que aún es temprano
y que tengo rica de nardos la mano!
Hoy y no más tarde. Antes que anochezca
y se vuelva mustia la corola fresca.
(*Ibarbourou.*)

Con el corazón presintiendo
una fiesta en tus labios,
voy a ti, sufrida de dicha.
(*Lange.*)

Desde luego observará el lector que no aparecen aquí las dieciocho poetisas de que, en total, comprende producciones esta antología. Las no mencionadas en esta breve selección no son todas excepciones a la regla. Si cada una de ellas no dice, con la maravillosa impudicia de la uruguayana, «Tómame ahora que aún es temprano», envuelven el mismo concepto en palabras más castas, de modo que el propósito erótico se atenúa en la expresión. Muy pocas son las que mantienen una actitud de relativa castidad en su poesía y cantan sentimientos familiares o ideas abstractas.

Aquí cabe una observación sobremanera curiosa. Los hombres, especialmente si son solteros, tienen una vida íntima generalmente más disoluta que la de la mujer. Polígamo por naturaleza, el hombre busca el amor en toda mujer que halla al paso y no renuncia, por lo común, a ninguna de las expansiones sentimentales que la vida puede ofrecerle. De acuerdo con la moral masculina, que prevalece en la sociedad contemporánea, estos devaneos del hombre no causan impresión alguna. Un hombre no pierde su fama de honorable por el hecho de que colecciona aventuras amorosas como puede coleccionar estampillas o boletos de tranvía. Para la mujer en cambio, una aventura sentimental es de trascendencia infinita. La mujer que cae, generalmente es sometida a toda clase de humillaciones y todo hombre cree, por ese sólo motivo, que le puede correspon-

der una parte del botín. En suma, la distancia que hay entre la mujer de aventuras sentimentales y la prostituta es—o parece ser—menor que la que existe entre el hombre de aventuras y el desvergonzado que corresponde, en la escala masculina, a la perdida en la femenina.

Sin embargo de todo esto, el hombre no se entrega con el frenesí de la mujer a cantar la vida de los sentidos. La poesía masculina de América es, atendidas todas las proporciones, considerablemente más casta que la femenina. El poeta canta el amor, a menudo *en abstracto*; canta la naturaleza, canta los grandes sentimientos e ideas. La mujer canta sólo la carne, salvo excepciones, y cuando no canta la carne con el desenfado y la liviandad que hemos visto más arriba, canta acontecimientos sentimentales de cariz concreto y definido.

Después de todo esto, la interrogación de María Monvel sigue en pie pero cambia de sentido. Lo interesante no es tanto preguntarse por qué hay tantas poetisas en América; más trascendental sería averiguar por qué casi todas esas poetisas hacen de su obra literaria una tribuna de exposición de sus desnudeces y de sus anhelos más recónditos. Por qué, en fin, son menos recatadas que sus colegas varones y temen menos que éstos la censura de sus lectores.—*R. Silva Castro.*

VIAJES

NEW YORK, por *Paul Morand.*

¿Un libro de viajes, o un delicioso guía para ayuda de los intelectuales

de Francia y de todo el mundo, ávidos de penetrar en las modalidades íntimas del gigante con el torso de granito y los brazos de acero?... Más que la descripción bien observada y documentada, el *New York* (1) de Paul Morand podría considerarse como uno de los estudios—tan en boga hoy día—sobre la vida romancesca de los grandes personajes de la humanidad moderna.

Cual si fuera Robespierre, Baudelaire o Descartes, Nueva York, a través del libro de Paul Morand, adquiere el mismo apasionante soplo de vida que el de las grandes figuras de la historia que alimentan el pensamiento y la filosofía de los modernos Plutarcos que se llaman Ludwig, Zweig y Maurois. Nueva York, la vieja isla de Manhattan que inspirara los más bellos cánticos de Whitman, descubre su fisonomía propia. Su formación desde los años de lactancia entre los brazos de la nodriza Holanda, y su niñez en poder de la nurse Inglaterra, son hechos que pasan a través de las páginas de Morand con el carácter de lo aventuresco, sin caer un solo instante dentro del pesado marco a que generalmente recurren los historiadores.

La dinámica vida actual de Nueva York, su fabuloso comercio, su ejemplar fuente de energía, su lírica exaltación de la mecánica, su fervor de cultura y su esfuerzo de trabajo, se revelan al lector como las pasiones de un héroe de novela en los distintos episodios que basan la trama de un libro.

(1) París, 1930.